



## LA 'JORGE ARTEL', UNA BIBLIOTECA INVISIBLE

// Donna Chico

Estudiante de Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

Después del olor fétido proveniente del canal cercano y el color gris del cielo que no ofrece mejores vistas, lo que da la bienvenida al primer visitante es la visión del viejo edificio que se muestra imponente frente a la parcial naturaleza -ya desbaratada por la industria- que lo rodea. Es, sin embargo, paradójico, porque la misma edificación parece sostenerse a la tierra con las uñas.

Cruzando el portal, sin que nadie me detenga, ya escucho voces, conversaciones de las nueve de la mañana, y me parece arbitrariamente cómodo aunque nadie llegue a mí con los buenos días. Ya en este momento no puedo evitar concentrarme en los detalles que tal vez señalen la diferencia entre lo que esto es y lo que una esperaría que fuera: el recibidor, por ejemplo, carece de luz y, más concerniente aún, de una cámara que dejó su huella tras ser arrancada violentamente de la pared frontal.

«*El cambiazó*, lo llamaron los medios» me diría más tarde la Coordinadora, Lorena Herrera Rico. Ese fue, en realidad, el segundo escándalo. El primero surgió tras el robo de diferentes aparatos tecnológicos, propiedad del Distrito y, más tarde, otorgados a la institución para su fortalecimiento pedagógico.

*El cambiazó*, entre otras cosas, fue una burla descarada e inexplicable al fondo cultural de Cartagena: «nadie nunca supo nada: ni por dónde habían sacado los aparatos nuevos, ni cómo habían ingresado los obsoletos.»

Cuando Karen se presentaba ante nosotros una semana antes, no podía pensar en otra cosa que en la Providencia, que podría resultar irracional y, sin embargo, ahora se personificaba en esta chica que se abría paso hacia el equipo editorial después de haber escuchado la conversación por accidente. Parece broma, pero era una coincidencia tan perfecta que daba ganas de llorar: Karen Orozco, estudiante de Historia de la Universidad de Cartagena era, ni más ni menos, representante de un grupo cultural asociado a la Biblioteca Distrital Jorge Artel. Así, lo primero que hice fue escribir su nombre y su número de teléfono: era el primer contacto. En unos treinta minutos recibimos información de primera mano y logramos enumerar una serie de problemáticas dentro de la biblioteca que merecían nuestra atención.

De esta manera, me dirigía una semana después hacia la institución, en busca de la entrevista arreglada con la Coordinadora.

Ahora, mientras me encuentro sentada en el borde de cemento que rodea el pequeño círculo verde -lleno de plantas, pero cerrado

al contacto de las visitas-, me doy cuenta de lo que sucede dentro de las distintas salas. El intento de circularidad del receptor, principalmente, me facilita la vista de cada una de ellas: tres de las salas se ocupan con grupos de jóvenes y adultos que sólo vienen a recibir clases de algún curso en particular; las otras dos esperan con las estanterías llenas a visitantes lectores.

Después de los anti-procesos administrativos que sufrió la biblioteca bajo la dirección del entonces Coordinador, la dinámica interna ha cambiado. Ya no hay seguridad privada, apenas un hombre que se ofrece a cuidar por las noches. Los espacios se han desplazado también, «pero estamos intentando normalizar las cosas: ya hay, por ejemplo, nuevas presentaciones de grupos culturales a los que cedemos el espacio», afirma Herrera, quien en este momento interrumpe su explicación para señalar a un visitante la ruta que necesita: “salida, callejón, segundo piso”. Su contribución al desarrollo de un buen ambiente dentro de la

institución se caracteriza por el compromiso, según afirman quienes trabajan con ella.

No obstante, el peor detrimento, según señala la Coordinadora, son los usuarios: construyen una figura decadente de la biblioteca tras los eventos pasados y automatizan una visión de la misma basada en ello. Ya no esperan el cambio, la mejora. Los nuevos baños, de hace dos meses, ya no tienen la apariencia original: se ven grifos sin perillas, las cuales han sido arrancadas por los mismos beneficiarios. Las paredes, algunas manchadas, dejan ver las manos que se han posado sobre ellas sin decoro.

Los casos de hurto siguen, aparentemente, abiertos ante la Fiscalía; por tanto, la información es escasa. En cuanto a la nueva coordinación, sólo queda esperar que se logre la normalización de los espacios y los procesos.

La Biblioteca Distrital Jorge Artel permanece en el silencio. ■

